

dirijí, se apercibió mi cochero de que yo era foráneo; quiso sin duda acomodarme algunas respuestas á su modo. Entre otras cosas, le pregunté cual era la poblacion de la ciudad. Sus afectados labios se abrieron súbitamente como dos resortes de acero, y me lanzaron la estadística siguiente: ¡¡ Un millon quinientas mil almas!!! Iba yo á responderle á carcajadas, como Lafleur á su señor: *Pero eso es demasiado fuerte*. Me contuve, sin embargo, y cuando me sentí bastante dueño de mí mismo, le dije con un aire sorprendido: *¿Nada más?* Jamas he visto un hombre más embarazado; se apresuró á responderme entre dientes: *No señor*. En seguida dió un gran latigazo á su caballo, y no despegó ya los labios.

Seguia yo aun conducido por tan digno faeton, cuando mi vista se fijó con gusto en dos padres capuchinos, con toda la magnificencia de su barba y de sus hábitos. Ver en 1841, en tierras de Francia, en una de nuestras más grandes ciudades, á unos capuchinos, y capuchinos ocupados en edificar una bonita iglesia, lo que anuncia por su parte la intencion de radicarse entre nosotros, esto me pareció verdaderamente fabuloso. Me acordé entónces de la prediccion de uno de sus padres, á quien habíamos encontrado en Lucerna en 1833, y que nos decia: *« Ya hemos ganado en Francia la causa de nuestra barba; vereis como ganaremos algun dia la de nuestra capilla. »* ¡Cúmplase su profecía! Este voto está en el interes de todos. Más por su ejemplo que por su palabra, el capuchino, amigo del pueblo y pobre como él, enseña al desgraciado á amar, ó al ménos á soportar sin murmuracion sus privaciones y su pobreza. ¿Quién puede contar todas las ambiciones que los humildes hijos de San Francisco han extinguido en las clases inferiores? Aun vos otros, todos los que teneis algo que per-

der, convenid en que á veces dormiríais más tranquilos en vuestras doradas habitaciones, si los buenos padres, esparcidos como ántes en nuestras ciudades y campiñas, enseñasen todavía á vuestros obreros y labradores, que deben amar á sus amos, respetar la propiedad de otro y contentarse con la condicion en que han sido puestos por Dios.

9 DE NOVIEMBRE.

Camino de Marsella á Tolon.

A las diez de la mañana, con un calor como de Junio, partimos para Tolon, en compañía de un oficial superior, que pertenecia al ejército de Africa. Su rostro franco, la dulzura de sus miradas, la brusca franqueza de sus maneras, nos previnieron desde luego en su favor: esta primera impresion no nos engañó. La conversacion viva, variada y pintoresca de este bravo militar, viejo soldado del imperio, y orijinal en su jénero, no contribuyó poco á salvarnos de la enfadosa monotonia del camino. Figuraos un camino cubierta de polvo, trazado entre dos cadenas de montañas sin vejetacion, excepto algunos achaparrados pinos esparcidos acá y acullá sobre pedregosas crestas, como para hacer resaltar mejor la estéril desnudez del suelo; de distancia en distancia, al pié de aquellas altas colinas, algunas pequeñas lenguas de tierra, plantadas de viñas, cuyas hojas vencidas caian en tropel, pulverizándose por los piés de los caballos; añadid á esto algunos alcaparros cubiertos de montones de tierra, semejantes á gruesos panes de azúcar; os lo repito, figuraos bien este paisaje, y pensad que á su extremo está Tolon, la ciudad de los presidarios: en seguida defendeos, si podeis, de una indefinible melancolia.

Dos leguas mas acá de Tolon, atraviesan el camino los desfiladeros de Oullioul, famosos por numerosos asesinatos. Están en la cadena de montañas, que abrigando esta parte de Provenza contra los vientos del Norte, hacen de ella la Italia y el Portugal del reino. Además, sin tardarse mucho, se rodean soberbios jardines, los primeros en que háyamos visto naranjos plenamente desabrigados con naranjas en perfecta madurez. Admirar sin reserva esos hermosos frutos cuyo color de auro-
ra se desprende tan naturalmente del verde follaje del árbol que las contiene, tal fué nuestro primer sentimiento. El segundo, debo confesarlo, fué ménos noble; la caravana sin excepcion cometió el pecado de deseo. A no haber cedido al atractivo del fruto prohibido, no me atreveria á decirlo; por otra parte, no vayais á creer que nuestra descendencia de Eva era la causa primera de nuestros ardientes deseos. La sed devoradora causada por el calor y el polvo tuvo en ello mucha parte.

Por lo demas, no tardamos en volver á mejores sentimientos. El tormento que experimentábamos nos hizo dar muy sentidas acciones de gracias á la Providencia, que ha colocado en los diversos climas los frutos mas convenientes á los habitantes. Mas refrescante y ménos sustancial que la manzana ó la pera, la naranja es el fruto de los paises calientes: se puede comer á menudo y mucha, sin saciarse. Y hé ahí que se ofrecen en abundancia al habitante del mediodia constantemente calentado por los rayos de un sol abrasador, reflejados por arenas todavía mas ardientes. « Pero, de dónde viene, preguntó el bravo comandante, que al lado de la naranja, del limon, del naranjo, de la granada, etc., los paises calientes producen todo lo que hay de mas caliente, la pimienta, la canela, el pimiento? Esos frutos deberian hallarse mejor en

Siberia.—El problema, se le respondió, no es difícil de resolver. Desde luego vos sentis como nosotros, comandante, que el calor enerva, agobia y produce abundantes sudores que traen consigo una notable pérdida de fuerzas. Además, quita el apetito; y es sabido que los pueblos meridionales, son jeneralmente mas sobrios en alimentos que los habitantes del Norte. Para restablecer el equilibrio y dar movimiento á los órganos, se necesitan los tónicos; esta es la razon porque abundan en las zonas tropicales.—Pero por fin, ¿calientan?—Por error tan solo, comandante, acusamos á la pimienta y al pimiento de semejante efecto. En los paises para que han sido criados, lejos de calentar, refrescan mucho mas que nuestras nieves y jarabes.—¡Bah!—Aunque os parezca absurdo, ello es cierto. Y se le dieron de este hecho las explicaciones conocidas 1.

1 Las he encontrado mas tarde en este curioso pasaje de una carta escrita en la India por uno de nuestros misioneros franceses. « ¿Tal vez imagináis que bajo los fuegos ardientes del trópico, somos de cierto devorados por la sed? No, en verdad: fuera de la comida no me da gana de beber. Lo debemos á nuestro régimen alimenticio. ¿Es acaso muy refrescante? vais á decirme. Es al contrario, segun vuestras ideas, el alimento mas irritante: el arroz, que hace lo principal, va siempre acompañado de una salsa compuesta de pimiento, pimienta, tamarindo y otras especias, mas fuertes unas que otras. Al principio, una cucharada de cada mezcla os quema el paladar; pero bien pronto se habitúa uno á ello de tal modo, que sin este extraño sazón, se comeria con disgusto y no se haria la digestion. Aquí, cuando se quiere refrescar alguno ó tomar una bebida benéfica, tal por ejemplo, como la que dariais á un convaleciente, se bebe una taza de agua en la que se cuece una buena cantidad de pimienta. Cuando yo estaba en Francia, pensaba algunas veces conseguir refrescarme bebiendo agua en una clara fuente. ¡Si yo encontrara tales manantiales en la India! Pues bien, las encontraríamos á cada paso y no las gustaríamos. El agua fresca seria mortal; la buena agua, la que ciertamente refrijera, es la de los estanques ó de los riachuelos expuestos constantemente al ardor del sol.—Anales de la Propagacion de la Fé.—Núm. 107, páj. 337.

Ya llegaba la noche, cuando entramos á Tolon. A pesar de la hora avanzada, nuestro primer cuidado fué llevar las cartas que nos recomendaban con el capitán de navío Sr. J. . . . ¡Decepcion! ¡amargos disgustos! Este distinguido oficial habia sido enviado á las costas de Toscana. En su ausencia fuimos acogidos por su excelente familia, con una cordialidad que nos hizo olvidar todas las fatigas del camino. Un almuerzo graciosamente ofrecido por la mañana del día siguiente, fué aceptado con reconocimiento: él nos procuró la preciosa ocasion de hablar por segunda vez de todo aquello que nos era más querido.

10 DE NOVIEMBRE.

Vista del puerto.—Visita al navío Oceano.—El Presidio.—Reflexiones.—Vuelta á Marsella.

En ausencia del capitán que debía ser nuestro guía, recurrimos, para ver á Tolon con interés, al digno comandante que habíamos encontrado la víspera, y que estaba hospedado en el mismo hotel que nosotros. A fin de tener entrada en todas partes, se vistió de grande uniforme, y ántes de medio día estábamos en la rada. El tiempo era soberbio, y un magnífico espectáculo se desarrollaba á nuestra vista. Todo ese mar de azul, todas esas embarcaciones elegantes tan hábilmente dirigidas por la escuela de marinos; todas esas poderosas máquinas para la arboladura de los navíos; todos esos presos con su siniestra chaquetilla roja, haciendo mover los cabestantes ó atravesando el golfo, acompañado cada uno de un *ánjel de la guarda* con carabina á la espalda; todos esos objetos, tan imponentes y tan variados, formaban en cierto modo el primer plano del cuadro. Los navíos de alto bordo, que componian la escuadra del almirante Hugon, y que se dibujaban á lo léjos como

inmóviles masas, formaban el segundo cuadro.

Estábamos allí admirando tan magnífico panorama, cuando un barquero genoves, viejo Esopo del mar, vino á ofrecernos sus servicios. Su doble jiba, sus cabellos ya encaneciendo, su barquichuelo en apariencia débil, motivos que á otros hubiera hecho rehusar sus servicios, fueron, gracias á la bondad de alma de nuestro comandante, otros tantos títulos á nuestra preferencia. «Pobre diablo, dijo el excelente hombre, tiene más necesidad que otro de ganar dinero,» y se lanzó á su embarcacion. Le seguimos para navegar hasta *el Oceano*, anclado á tres cuartos de legua en el mar. Este gigante de la marina francesa estaba mandado por el capitán H., para quien teníamos una carta. Las gruesas charreteras de nuestro guía nos valieron la lisonjera distincion de subir al navío por babor, es decir, por el flanco derecho, en donde se encuentra la escalera de honor.

Yo habia oido decir que en ninguna parte se ostenta con más brillo el jénio del hombre, como en un navío de alto bordo; me faltaba verificar esta opinion sobre *el Oceano*. Figuraos una ciudadela flotante, que sin otro apoyo que su centro de gravedad, descansa sobre una base móvil, desafía el furor del más temible de los elementos, echa por tierra en una hora las murallas más fuertes, lleva un ejército en sus flancos, y á pesar de su prodijiosa mole, obedece al hombre casi con la misma docilidad que el mismo mar obedece á Dios. Ya dentro del edificio encontrais una especie de catedral de gigantescas proporciones, con tres ó cuatro largas naves construidas unas sobre otras; en lugar de cruceros, ciento veinte troneras, es decir, ciento veinte cañoneras, en donde se muestran á vuestras miradas, no ciento veinte graciosas figuras de santos, sino ciento veinte veces la cavernosa boca de un enor

me cañon. A vuestro alrededor reina un orden perfecto; en el conjunto, como en los pormenores, todo está plantado con un lujo de limpieza, y casi con elegante coquetería. No obstante, viven allí mil cien hombres, desde la edad de ocho á nueve años, hasta la de treinta ó cuarenta: todos obedecen á la menor señal y maniobran con una precision que no produce nunca adelanto ni retardo. A vista de tal espectáculo, yo pienso que á vosotros y á mí no os será difícil convenir en que un buque de guerra es una maravilla: tal era *el Oceano*. Guiados por el capitán H., visitamos con admiracion todas las partes del soberbio navío. Mientras que estábamos á bordo, el almirante bajó á su bote. Su ausencia nos permitió la entrada en su habitacion, y encontramos que nada cedia en elegancia á las más esmeradas de nuestras grandes ciudades.

El Oceano llevaba 1080 hombres de tripulacion. Es mucho, y por eso me aflijí vivamente de no haber visto uno más; sí, faltaba allí un hombre; ¡ay! faltaba tambien en todos nueve otros buques; ese hombre á quien encontrais en los navíos de todos los pueblos del mundo; ese hombre cuya falta deploran las familias; ese hombre á quien los marinos mismos reclaman á grandes gritos; ese hombre que el gobierno tendria tanto interes como facilidad en volver á colocarlo sobre nuestros navíos, ¡es un capellan! . . . Mi corazón se oprimió, sobre todo, á vista de aquellos jóvenes grumetes de ocho á nueve años, separados de su familia y arrojados en medio de los peligros del mar, sin socorro religioso, ni para la vida ni en la muerte. ¡Pobres niños! ¡Pobres madres! ¡Pobre sociedad!

Penetrados de un doble sentimiento de pena y de admiracion, bajamos del navío real á nuestra humilde navecilla. El viejo genoves tuvo el cuidado de hacernos pasar

al frente de los dos buques que los ojos no pueden ver sin que el espíritu se llene al punto de graves pensamientos. El primero que vimos lleva en la proa el nombre y la inscripcion siguiente:

EL MURION.

Esta fragata, tomada á Venecia en 1797, es la que trajo á Bonaparte de Egipto en 1799.

El segundo, mucho más pequeño, es la goleta *La Estrella*, que trasportó á Napoleon de la isla de Elba á Terjus en 1815. Para representar las principales vicisitudes de esa grande existencia, solo faltaba el *Northumberland*, en que se hizo el viaje de Santa Elena. Como á las tres de la tarde estábamos á la entrada del arsenal, gloriosa fundacion de Luis XIV: allí está el presidio. Segun costumbre, nos dieron un jendarme para que nos sirviese de cicerone. El presidio se compone de largos corredores con paredes de piedra y ventanas provistas de fuertes barras de fierro, que dan por una parte al vasto patio del arsenal, y por la otra al mar. En toda su longitud reinan á tres piés de altura sobre el suelo dos pisos oblicuos, terminados en la parte inferior por una barra de fierro, que se extiende de uno á otro extremo: aquella sirve de lecho á los condenados. Separados en porciones durante el día, los presos están sujetos á los más penosos trabajos: aserrar madera, cortar piedra, arbolar los navíos, trasportar fardos, etc. A la menor falta llueven sobre sus espaldas varazos y cintarazos. Si la falta es más grave, se les encierra en calabozos; si se muestran rebeldes, se les pone doble cadena, en prisiones oscuras, en donde tienen por cama la loza húmeda. Allí estaba cuando pasamos el famoso *Tragine*, aquel temible bandido que segun se nos dijo no suspiraba por su libertad sino por asesinar al valiente majistrado que se habia apo-

derado de su persona. En fin, cuando la falta es verdaderamente seria, un consejo de guerra marítimo juzga al culpable, y pronuncia sin apelacion la sentencia de muerte, que se ejecuta con término de tres horas. Todos los presos son llevados al cadalso, formados en dos filas, y arrodillados, con su cachucha en la mano. A la cabeza de cada fila está un cañon cargado con metralla, pronto á hacer fuego á la menor señal de rebelion.

De este modo, la fuerza bruta es la única ley del presidio. No os admireis, si los presidiarios gastan su actividad intelectual en encontrar los medios de evadirse; lo logran algunas veces, á pesar de toda la vijilancia de que son objeto dia y noche. Se nos refirió que lo conseguirian más seguido si no se vendiesen los unos á los otros. Como si no hubiese bastante corrupcion entre aquellos seres degradados, se alientan á la fuga si no se establece entre ellos una especie de policia secreta ó más bien de espionaje, de que ellos son los agentes. Poco tiempo ántes de nuestra llegada, dos ancianos septuagenarios habian llegado á permanecer ocultos durante quince dias en un rincon del arsenal, esperando en medio de toda clase de privaciones que una noche bastante oscura les permitiese intentar una evasion. Vino esa noche: durante las más espesas tinieblas avanzan, marchan en cuatro piés hasta la puerta de salida; el centinela los toma por perros y los deja pasar; se dejan resbalar por una especie de locutorio, y rompen los marcos de una ventana: el vidrio que cayó llamó la atencion. Uno de los dos es detenido, el otro habia ganado ya terreno. Desde por la mañana se izó la bandera azul: esta es la señal de la evasion de un preso. Los habitantes de los campos la conocen y se ponen en guardia. La jendarmeria se pone á investigar en todas direcciones; raras veces el desgraciado lle-

ga á gozar largo tiempo de su libertad. Se le da premio á aquel que lleve al fujitivo: es de 25 francos cuando se encuentra al fujitivo en el interior del arsenal; de 50, en el recinto de Tolon; de 100, fuera de la ciudad. El mismo dia de nuestra llegada los paisanos de las cercanías llevaban al anciano escapado hacia cuarenta y ocho horas. Cada tentativa de evasion es seguida de aumento de pena. «Hace seis meses, nos dijo la persona que nos servia de guía, que nos llegó un condenado á cinco años. Ha maniobrado tan bien, que ya está hoy por trece.»

Estábamos examinando en pormenor el infierno de la justicia humana, cuando se dejó oír un gran ruido de cadenas. Eran los presos que volvian del trabajo. ¡Repugnante espectáculo! jamás lo olvidaré en mi vida. Desfilaron delante de nosotros, unidos de dos en dos, muchos millares de desgraciados cargados de cadenas. Jóvenes con pasos firmes y la cabeza erguida; viejos de cabeza blanca, de andar vacilante; la mayor parte tienen en el rostro dos rasgos en que se parecen: el cinismo y la astucia. Su vestido tiene no sé qué de siniestro ó innoble. Un alto gorro de lana, roja para los condenados por tiempo; verde para los condenados perpétuamente; una ancha levita ó casaca, ropa que les cae más abajo de la cintura, con mangas verdes para los reincidentes, rojas para los demas; en fin, un ancho pantalon de gruesa tela gris, debajo del cual pasa una cadena de cerca de quince ó veinte libras fajada al rededor de la cintura, y que viene á fijarse á un anillo que abraza el pié encima del tobillo. Tal es el ignominioso traje del presidio.

Seguimos á los presidiarios hasta la entrada de las vastas piezas que les sirven al mismo tiempo de dormitorio y de comedor. Cuando se tendieron sobre su duro lecho, un guarda-chusmas pasó la barra

de fierro por los anillos de su cadena y se hizo imposible todo movimiento con los piés. Despues, como si esto no fuera bastante precaucion y rigor, se puso en la puerta de cada sala un cañon cargado con metralla con la boca vuelta hácia el interior del presidio. Así es como en el siglo diez y nueve cree la sociedad velar por su propia seguridad.

Léjos de nosotros el pensamiento de tomar aquí el fácil papel de acusador; pero en presencia del horrible espectáculo no puede uno ménos que preguntarse si la sociedad actual cumple dignamente la importante mision que Dios le impone para el sostenimiento del órden moral. Detener el mal en el pensamiento mismo que lo enjendra, intimidar al malvado y rehabilitar al culpable: tales son sus imprescriptibles deberes. Que la sociedad se examine sobre estos tres principales puntos, y que vea si no tiene algun reproche que dirigirse.

¿Ha empleado todos los medios que están á su alcance para prevenir el crimen que conduce al presidio? ¿No ha estimulado jamás ó tolerado las doctrinas inmorales, que tarde ó temprano hacen del hombre un malvado? ¿Con su ejemplo no ha enseñado nunca el desprecio de la ley divina, base de todas las leyes, freno de todas las inclinaciones y regla de todas las acciones?

¿Qué hace para intimidar al malvado, para detener la mano que prepara el veneno, que aguza el puñal ó que enciende en la sombra la antorcha incendiaria? Sin duda, ella le muestra en perspectiva el deshonor, el presidio, el cadalso. Pero no le muestra el implacable remordimiento, que desgarrá su corazon, que emponzoña sus placeres del dia, turbando el sueño de sus noches; ni el presidio eterno del infierno, en el cual ni la fuga, ni el error de los jueces mortales, ni su debilidad podria

sustraer al culpable. Así, dejando á los hombres repetir, y todos los dias en todos los tonos, y por numerosos órganos, que Dios no es más que una palabra y el infierno una quimera, la sociedad ha hecho importante su sistema de intimidacion.

Una vez que se ha cometido el crimen, ¿qué hace para prevenir su repeticion, y rehabilitar al culpable? ¿Está convencida, cuando deja vivir al malhechor, de que el castigo que le impone, debe tener por objeto la expiacion de la falta y la enmienda del culpable, y de qué otro modo es inmoral? El hombre es rebajado al nivel del bruto; el castigo ya no es más que el garrotazo dado al perro que os ha mordido; y la prision, la jaula de la hiena enfurecida. En vez de ser una correccion, la pena se convierte en una venganza desprovista de moralidad, que exaspera al culpable y establece entre él y la sociedad un duelo á muerte. ¿No es esto en la práctica del presidio la teoria del código penal? Además, ¿qué resultados! Se afirma que sobre cien presidiarios libres, ochenta vuelven al presidio ó suben al cadalso. Es penoso confesarlo, pero se concibe que debe ser así: *Todo hombre deshonrado y no rehabilitado, será siempre un ser inútil ó peligroso.* Ahora, á la deshonor civil que imprimen los decretos de la justicia al culpable, la permanencia en el presidio, añade una deshonor moral más odiosa todavía y sobre todo más indeleble. *El condenado sale del presidio más perverso que cuando entró en él;* tal es la inexorable sentencia de la opinion pública. Esta sentencia, que la experiencia justifica, hace del presidiario libre un objeto de temor y desconfianza universal. Repelido por todas las jentes honradas, se abandona de nuevo á sus malos instintos, busca la sociedad de sus iguales, y se convierte con ellos en el azote de nuestras ciudades y de nuestros campos. A no ser que se afir-

me que el malvado es incorregible, ¿no es este resultado la condenacion sin recurso del sistema penal seguido en nuestros dias? Sistema materialista y por consiguiente absurdo, que á fuerza de humillacion y de rigor puede extinguir muy bien en el hombre el sentido moral y embrutecer al culpable; pero corregirlo, jamas; rehabilitarlo, mucho ménos. Por eso corregir al malhechor al fin para rehabilitarlo, es el deber de la sociedad, y debe ser el objeto de toda legislacion humana cuando deja con vida al culpable. Entre el dia en que tomaba estas notas en Tolon y este en que las redacto, se ha operado respecto al sistema penal un feliz cambio en los espíritus. El gobierno puede querer seriamente conseguir el objeto moralizador de que hablamos; el sistema celular alcanza favor; se llama á la religion para dulcificarlo, santificando los rigores de la justicia. Así se quiere que la opinion pública modifique la severa pero justa sentencia que ha estereotipado contra el libertino del presidio; se quiere que este deje de ser un objeto de repulsion. Y cesará de serlo, cuando se haya dejado de despreciarlo y de temerle; y se habrá cesado de despreciarle y temerle, cuando se sepa que ya no es el mismo, *que está convertido* y que ha dado de ello prendas seguras. Todo esto es justo, moral, digno de una nacion civilizada; solo añadiremos que conviene guardarse de destruir con una mano la que se quiere edificar con la otra; y que si importa rehabilitar al culpable, importa mucho más impedir al hombre que llegue á serlo. Así cuando la sociedad haya hecho lo que le es posible en los límites de su organizacion y bajo la influencia de las circunstancias, para prevenir el mal é intimidar al malvado, ella alcanzará, de concierto con la religion, los medios de rehabilitar al culpable; entónces el sistema penal será verdaderamente eficaz, porque

será completo y moral. Entre tanto, será preciso esperar muchos errores.

Relativamente al sistema penitenciario, que se quiere sustituir al presidio, diremos tambien con un hombre nada sospechoso 1: «No olvideis que el réjimen penitenciario ha nacido católico, y que no puede producir dichosos frutos sino permaneciendo fiel á su origen.» Sucede en efecto que el cambio de los corazones es privilegio exclusivo de la religion. Si entorpeceis su accion reparadora, todos vuestros esfuerzos serán vanos. Al contrario, dejadla perfectamente libre instruir, consolar y curar, y se puede asegurar el buen éxito. ¿Y por qué no habia de cambiar el corazon de vuestros presidiarios? ¡Ella ha cambiado mucho el del jénero humano, ese gran presidiario que se habia degradado durante dos mil años en el presidio de la idolatría! Llamad, pues, con franqueza á la religion en vuestra ayuda, con sus sacerdotes, sus hermanos, sus hermanas, sus sociedades de caridad, y veremos bien pronto que tiene hoy como en otro tiempo, el poder de hacer de las piedras más brutas, hombres inofensivos, ciudadanos útiles á la tierra, y aun candidatos del cielo.

Salimos del arsenal á las cinco; volvimos á Marsella la noche siguiente; y al otro dia en la mañana, ya estábamos de vuelta en el hotel de Oriente.

11 DE NOVIEMBRE.

El resto del dia fué dedicado á nuestra correspondencia y á nuestros preparativos de marcha. So pena de quebrar con nuestros amigos, era necesario escribirles ántes de dejar la Francia. Al siguiente dia por la mañana, nos hacíamos á la vela para Italia. Nuestros lugares estaban to-

1 Mr. Cerfbeer.

mados en el piróscafo 1 toscano el *Lombardo*.

12 DE NOVIEMBRE.

Navegacion. — Ingles. — Camarote. — Conversacion.

Con un tiempo magnífico, y una compañía numerosa, dejamos el puerto de Marsella como á la mitad del dia. Enviamos nuestro último saludo á Nuestra Señora de la Guardia, cuyo santuario domina á lo lejos el vasto mar que comenzábamos á recorrer. La tripulacion la suplicó nos preservase del soplo del viento de los muertos, peligrosa tormenta que se deja sentir regularmente á principios de Noviembre en el golfo de Génova y de Lyon. Puesto en la parte posterior del buque, con la mirada vuelta hácia la santa colina, el viajero católico siente descender á su alma una gran confianza. ¿Qué podemos temer? se pregunta á sí mismo: allá en la altura reina una dulce Virjen que tiene en sus manos el cetro de los mares. Y por un privilegio que solo á ella pertenece, esta Virjen, mi madre y hermana, tiene el derecho de decir abrazando en su seno á Dios y al hombre: ¡Hijos míos!

Ya lejos de la costa volvimos la vista á la tripulacion, y todo nos anunció que habíamos dejado á la Francia. Cuatro ó cinco voces herian nuestros oídos con sonidos incomprensibles. Extrañas fisonomías pasaban y repasaban á nuestra vista. Al lado de los anchos y redondos rostros de nuestros marinos genoveses y toscanos, tostados por el sol y sombreados por una espesa barba negra, aparecian en gran número rostros pálidos y afilados, coronados la mayor parte con una cabellera de un *blondo sospechoso*. Imposible de engañarse; eran rostros ingleses. ¿En donde no se

1 Barco sin chimenea. (N. del T.)

encuentran los hijos é hijas de Albion? Este pueblo nómade, verdadero judío errante de la civilizacion, se encuentra en todas partes. En paseos, hoteles, monumentos, buques de vapor, sitios pintorescos en Suiza, en Francia, en Italia, todo lo invade, paseando por todas partes su spleen y sembrando sus guineas por todos los caminos del mundo, mientras que sus obreros mueren de hambre á las puertas de sus fábricas cerradas, ó sobre el pavimento de sus solitarios castillos.

Hasta las cinco, la travesía se hizo perfectamente: un buen número de pasajeros comenzaron á sentir los primeros síntomas de mareo. Más feliz que los demás, me libré de él por un malestar que sentía, sin ninguno de los síntomas conocidos. Mientras que la mayor parte de mis compañeros representaban gratuitamente sobre cubierta la escena tragi-cómica, yo rezaba tranquilamente en mi breviario en el camarote que nos habian destinado, y cuya descripcion tal vez no carece de interes. Alrededor del gran salon, adornado de brillantes espejos y de incrustados de ebanistería, se veian las puertas corredizas de los camarotes, siete piés de altura, tres de ancho, hé aquí las dimensiones geométricas de cada pieza. Si se os dijera: En este pequeño espacio debe haber de rigor una silla, tres camas, tres clavijeros, tres hombres á los cuales procurareis un corredor, ¿cómo resolveriais la cuestion? Para evitar el trabajo de adivinarlo, lo que seria largo, voy á explicároslo. Sobre la parte exterior de la cámara están fijas tres planchas de pié y medio de anchura, y puestas en forma de gradas, á distancia una de otra de dos piés: cada plancha tiene un colchon de dos pulgadas de espesor cubierto con un paño y terminado por una pequeña almohada, que puede compararse por su blandura á la desnuda piedra sobre la cual descansó Jacob su cabeza en